

ALEJANDRO ANDRADE COELLO



MUJER SUBLIME
A MAD. LUCIE DREVIE'S



QUITO

—
IMPRESA DE "EL PICHINCHA."

—
1900

Precio: 2 reales

MUJER SUBLIME

COMPOSICIÓN LEÍDA EN LA ACADEMIA

“Benjamín Vicuña Mackenna”

POR

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

MUJER SUBLIME

A MADAMA LUCIE DREYFUS

PREMIO



Hallábame en la hermosa ciudad de Santiago, cuna del apóstol Bilbao, cuando con más vehemencia se agitaba en París el drama sin nombre de la condenación á un inocente, degradado en lo moral y martirizado en lo físico.

El prisionero de la Isla del Diablo, Capitán de Artillería Alfredo Dreyfus, andaba por el mundo comentado por todos, reproducido en numerosas revistas, blanco de la curiosidad universal y objeto de la conmiseración de las personas justas.

Su esposa, madama Lucía Dreyfus, esa magnánima mujer que se agitaba por todas partes, como una loca, alimentando en su cerebro el único pensamiento que significaba para ella total triunfo: "Dreyfus no es culpable", llamaba la atención de los corazones grandes y era persona de profundas simpatías, por representar á la legítima mujer del porvenir, á la que está llamada á transformar la sociedad.

Contribuyó tan leal criatura, con sus nobles súplicas, su fidelidad y energía incansables, á que Emilio Zola, el coloso de la escuela realista, lanzara su formidable acusación inspirada en la justicia y tomara activa parte en la defensa del celebre Capitán condenado sin pruebas legales.

El novelista que ha descubierto las desnudeces de la humanidad, aplicando sin miedo el bisturí de médico, á las carnes pútridas, echando sal en los miembros gangrenados, todo con fin moralizador, para que el espíritu filosófico, que piensa que analiza, viendo las miserias del mortal, la triste situación del pedazo de barro que se llama cuerpo humano, eleve su alma á la altura, desliziéndose de los fermentados placeres terrenales que son fieno en el fondo; Zola digo, escribió, allá por Noviembre de 1897, su primera carta, la renombrada "*Yo acuso*" interesándose por la revisión del proceso. Un periódico pequeño, de escasa circulación en París, tuvo la feliz idea de publicar esa viril pieza. Desde entoncés "*La Aurora*" subió á la cúspide. Esta escena *sensacional*, como se estila en lenguaje de crónica, representada en la fuente del buen gusto y de la moda, en la capital de la República francesa, fué un acontecimiento que se propagó con rapidez, yendo de uno á otro confín del orbe, manteniéndolo suspense.

Zola, severamente acusado por quienes sirvieron de calígrafos peritos para examinar el famoso *bordereau* ó documentación descubierta en Octubre del 95 por el General Mercier,—que mandó sumariar inmediatamente al que consideraban como traidor á la patria,—fué condenado sin misericordia, sin que terminara aquí su tribulación. Expatriado, culpado de calumnia y arrojado de la Orden de la Legión de Honor, marcha desde Versalles á país extraño evitando el furor popular.

A Picquart, el angel bueno de Dreyfus, le encarcelan, se separan del ejército y por último le envían lejos, para poder fácilmente maquinarse contra él y su Capitán.

Todo Chile palpitaba de emoción al saber los diferentes cambios de esa ruidosa historia, que ya costaba algunos suicidios, talvez movidos por el remordimiento, entre los cuales se cuentan el de el Coronel Henry, el del espía Lenercier—Picard y el del Secretario de Henry. Se daban conferencias sobre tan singular proceso desde su origen, pintando con sombríos colores á Esterhanzy, á Dupaty de Clam, á Mercier y otros, y con halagüños matices al senador Scheurer—Kestner, al Coronel Picquart, á los inclitos aboga-

dos Labori y Demange, al novelista Zola y á madama Lucía Dreyfus.

Sonaban en el Ateneo de Santiago autorizadas palabras, explicando con claridad y elocuencia tal enredo.

De mi querido suelo llegaban también los ecos de la admiración y cariño que muchos corazones profesaban al militar de raza judía y á su recomendable señora, víctimas de las intrigas de los grandes.

Entonces fué cuando la Academia "Benjamín Vicuña Mackenna," que cuenta entre sus miembros honorarios á personajes tan distinguidos como el brillante traductor de las Odas de Horacio, Sr. D. Eduardo de la Barra, me abrió sus puertas.

Allí, en el seno de esa inolvidable corporación, me cupo en suerte leer mi pequeño trabajo literario MUJER SUBLIME, tema de actualidad, composición que pálidamente encomia las heroicas virtudes de la esposa del deportado que en la Isla del Diablo llevaba atroz vida de sufrimientos, minorados un tanto por esa leal corazón femenino.

Varios de sus socios me infundieron aliento, pidiéndome para publicarla en la prensa chilena.

Yo me resistí, porque tenía certeza de mi insuficiencia.

Mas, como insistieran, resolví darla á luz, prefiriendo mi propio país, en donde no dudaba sería tratada con la consideración que la madre patria profesa á sus diminutos hijos, que empiezan, con paso tímido, á caminar por el escabroso terreno de las letras.

Estas fueron las razones por las que la mal castigada obrita mía no se publicó en tiempo oportuno, participando de la corriente general y modo de sentir de los que tributan respeto y predilección á la señora Dreyfus, con cuyas sinceras palabras, con cuyas lágrimas de amor, lavó la reputación de su marido, que podía quedar manchado ante un grupo de hombres apasionados. ¡Su honor ignominiosamente zaherido, brilló, gracias á tan abnegado sér, con los inextinguibles resplandores de la inocencia, voz escrita en la conciencia universal como homenaje al deportado de la Isla del Diablo.

La mujer es el secreto de nuestra felicidad en este va-

lle de quebranto. Cuando la mujer se sublimice, la humanidad, perfeccionándose, irá camino de la virtud; cuando la esposa llegue en su fidelidad hasta el sacrificio; cuando la madre toque en la abnegación por conservar la paz del hogar; cuando la virgen se enamore más del espíritu, del talento, del bien, que de los resplandores del dinero; cuando todas estas nociones del más puro feminismo se propaguen entre las diferentes clases sociales y sean la norma del bello sexo, entónces el progreso nos conducirá hasta el cielo del engrandecimiento nacional.

Boguemos, pues, porque siempre el tipo de la MUJER SUBLIME sea el angel tutelar de nuestra patria.

Y así la sociedad se habrá salvado.

¡Qué las mujeres imiten el ejemplo de la señora Lucía Dreyfus, dechado de santidad, esposa egregia y madre modelo!

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.



MUJER SUBLIME

A Mad. Lucie Dreyfus.

I

¡Abro el libro del mundo! Con asombro
El desfile imponente pasar miro
De cien generaciones que caminan
Hacia el antro profundo del olvido.
Los pueblos, las edades vigorosas,
Los cetros, las coronas, los caudillos,
Al golpe de piqueta formidable
De los años, falange de enemigos
Que destruyen las obras de los hombres,
Se desploman con recio, enorme ruido.
Todo cede al impulso irresistible
Del tridente ciclópeo de los siglos.

Mas, saliendo del cúmulo de ruínas,
Se cierne, con poder quizás divino,
Como un cisne vistoso que partiera
De un montón de cenizas escondido,
La grandiosa silueta de Justicia
Que del trono de Dios trajo su brillo.
En el mar proceloso del engaño,
En la noche siniestra del delito,
Ella sirve de faro refulgente
Que nos libra de escollos y peligros.
Los soberbios poderes de la tierra
La influencia del oro corrompido,
Nada son con sus fuerzas y amenazas,
Con sus vanas ofertas y atractivos
Ante el eco grandioso de Justicia
Que se esparce sonoro en lo infinito.
Los anales del orbe fieles narran,

Con dramáticos rasgos, tal prodigio,
Pues se vé que á la postre triunfar suelen
Del honrado mortal los recios gritos,
La palabra sincera de los probos,
La súplica elocuente del proscrito,
Las lágrimas ardientes de la virgen
Que clama por la vida del cautivo,
Reparación buscando para su honra
Y para sus quebrantos dulce alivio,
Y el apóstrofe ingente del que pide,
Ya entre fêrvidos llantos y suspiros,
Ya con verbo indignado y anatema,
Que en fuego de ira santa fué prendido,
Justicia para el mártir inocente,
Justicia para el hombre desvalido.

En la cima del Gólgota le exhiben,
Clavado en una cruz y escarnecido,
Con heridas profundas en el cuerpo,
En el alma con múltiples martirios,
Al Justo de los Justos, la ignorancia
De una plebe malvada de judíos,
Y el error y crueldad de fariseos
Que, cegados con venda de los vicios,
En la egregia doctrina ven un crimen,
En la bella verdad ven un deicidio;
Porque nunca dá frutos provechosos
La escuela irracional del fanatismo,
Que, velada con manto de tiniebla,
Es engendro corrupto del abismo.

Y Jesús, el Filósofo del mundo,
El primer Socialista de los siglos,
Cuya aureola irradiando en su cabeza
No la apagan los soplos maldecidos,
Jesús, el Redentor de la conciencia,
El Santo de los Santos, que encendido
En la lumbre sagrada de Justicia,
Predicó, con su celo bendecido,

La hermosa Libertad, que es en la vida
La palanca que impele al sacrificio.
El gran número que inspira las hazañas,
La antorcha que no muestra el buen camino,
La que dá alas al genio soberano
Y al más débil mortal nobles estímulos;
Jesús expira, desgarrado el cuerpo,
En los brazos infames de un patíbulo.
Cuentan que el mundo se vistió de luto
Presenciando ese drama conmovido,
Y que la humanidad quedó llorando
La muerte de un varón tan leal, tan íntegro,
Sacerdote ejemplar, grandioso y puro
Que fué por su inocencia perseguido.

Ved aquí fatal caso de injusticia,
Pensaréis con la fé del convencido.
¡Injusticia?—¡No hay tal! porque si ingratos
Con la afrenta pagaron sus servicios,
Con la muerte premiaron su enseñanza,
La Fama con sus sonos infinitos
Y el fallo irrecusable de la Historia,
Le han puesto en los altares como á hijo
De Aquél que todo puede, del que ordena,
Desde el reino fulgente del Empíreo,
Una palma inmortal para ese Apóstol,
Una luz sin ocaso para el Cristo,
Un nombre sin mancilla al Sacro Reo,
Que alcanzó, para escarnio del impío,
La corona admirable de inocente
Y el epíteto al fin de HOMBRE DIVINO.

Apoteosis más bella no anotaron
Las páginas brillantes del gran libro
De la Historia, la Biblia de los pueblos,
Colosal monumento tan antiguo,
Que sus hojas se extienden por centurias
Y viven á pesar del cataclismo
De los tiempos, factores de crueldades,

Que, surgiendo del caos del olvido,
 No han podido eclipsar las tradiciones
 Ni han domado el decreto del destino.

Desde el Gólgota suenan todavía
 Las postreras palabras del que dijo:
 "Yo perdono, Dios mío, á mis verdugos,
 Yo perdono á mis pobres enemigos."
 Las escenas de sangre del Calvario
 No se borran después de tantos siglos:
 Aun parecen oírse con tristura,
 So el árbol de la cruz, hondos suspiros
 Lanzados por la madre lacrimosa
 Que la muerte deplora del caro hijo.

¡Madre, Madre!, gimiendo solitaria
 En la escueta montaña, no has tenido
 Mas bálsamo, en las horas de infortunio,
 Para tu alma, que el tierno lenitivo
 De abrazar con amor el cuerpo inerte
 De quien ya consumó su sacrificio.

¡Cuán sublime el dolor de aquella esposa
 Elevando hasta el cielo su gemido,
 Santo lloro que saben las mujeres
 Que en el seno llevaron á sus hijos,
 Las mujeres que amáronles solícitas,
 Y que al verlos partir tanto han sufrido!

¡Oh, María! tú que eres el emblema
 Del sér por excelencia sensitivo,—
 La madre,—luminar de la existencia
 Del hogar el apoyo positivo,
 Que en momentos cuitados y de angustia
 Acude con sonrisas, con auxilios,
 Con frases bienhechoras de ternura
 Y abnegados impulsos de cariño,
 Comprendes el pesar inexplicable
 De la esposa de Dreyfus el proscrito.

II

En la postrer boqueda del coloso
Que raudales de ciencia ha despedido,
Con sorpresa observamos repetida
La tragedia más grande de los siglos:
La de Jesús sin mácula, tratado
Con sarcasmo y en público oprimido.
Recuerda la aflicción del Galileo,
Que en lo moral sufrió más que en lo físico,
El suceso de Dreyfus condenado
A la muerte civil, que es un suplicio
El más cruel entre todos los que existen,
El más negro entre todos los castigos.

Acusado por crímenes ajenos,
Le tendieron lazos los inícuos
Y trocaron su rostro complaciente
En la pálida faz de un nuevo Cristo.
A los mil sinsabores de este mártir,
La suerte le añadió con su capricho
El odio de otras razas predilectas,
Que aborrecen la estirpe del judío.

Abrid los ojos orgullosa prole
Que os burláis de verdades y principios,
Y, callando que sois todos hermanos,
Aducís los añejos pergaminos
Como timbre de honores estupendos,
Como sello que os vuelve distinguidos.

¡Ignoráis que en el mundo nada importa
El menguado oropel de un viejo título,
Si no lleva la rúbrica legítima
Del saber y virtud, notables signos?
¡Más que torpe insolencia del dinero
Vale un pecho moral, pobre y sencillo!

III

De los seres grandiosos por su mérito
Es la esposa de Dreyfus el proscrito,
Alma inmensa que vale mil coronas,
Alma ingente acreedora á loores ilícitos.
Su indomable esperanza, su energía,
Su entereza sin par y su heroísmo,
A despecho triunfaron de los viles,
Burlando la asechanza del infiuo.

Pudo más la mujer con sus sollozos
Que la hueste iracunda de enemigos,
Que, con planes de fieras emboscadas,
Extinguir anhelaran su gemido,
Tan profundo, tan tierno, que ha llegado
De uno á otro confin con fuerte grito;
Desde el centro de pueblos progresistas
A lo más apartado y escondido.

El clarín resonante de la prensa
Despertó, con sus toques bendecidos,
A media humanidad, que, adormecida,
El clamor de Justicia no había oído.
¡Una oigna mujer citando al mundo,
Y el mundo despertándose á su aviso!

Lejos se hallaba saboreando triste,
El Capitán, las cuitas de su sino,
En la atroz soledad de su destierro
Distante de la patria y de sus hijos;
Mas un alma, con todo, le infundía
Alientos en sus noches de martirio,
Haciéndole confiar en que vería
A la postre su honor restablecido,
Y así sus pequeñuelos heredasen
El nombre paternal lleno de brillo.

Y Dreyfus por su esposa revivía,
 De su existencia en el letal deliquio,
 Escuchando las voces de confianza
 De aquel ser tan valiente y desprendido,
 Que, en alas de su amor, llegando á la Isla
 Solitaria y estéril, al marido
 Visitaba, infundiéndole energía,
 Resignación en su dolor genuino,
 Curando la nostalgia de su pecho,
 Curando los dolores de su espíritu.

IV
 En el valle de penas de la vida
 La mujer es el ángel del consuelo,
 Emblema de bondad y de desvelo,
 Figura de brillante abnegación.—
 Sobresale, con castos sentimientos,
 En ternura, nobleza y amor puro,
 Y es apoyo benéfico y seguro
 Con la fe de su bello corazón.

Su talento comprende nuestras cuitas:
 Ella sabe llorar con los que lloran,
 Ella sabe implorar con los que imploran,
 Al calor de una férvida oración.
 De rodillas mirámosla en el templo
 Elevando á los cielos su plegaria,
 En tanto que en la nave solitaria
 Más rumores no se oyen que su voz.

Es mística paloma que sostiene
 El culto de las viejas religiones,
 Con sus límpidas alas y tendones
 Sustentando la casa del Señor.
 Al Espíritu Santo, en toque bíblico,
 Del santuario le ponen en la ojiva,
 Como un ave de albura inmensa y viva:
 Es la virgen de un templo de candor.

En los crudos inviernos de la tierra,
 La mujer, mitigando los dolores,
 Nos guarda de los rayos precursores
 De la muerte, que es negra tempestad.
 La voz de somatén élla proclama
 A fin de que acudamos al combate,
 O encargarse afanosa del rescate
 Si perdemos la hermosa Libertad.

Ella tiene en sus manos el secreto
 De la dicha y cultura de los hombres;
 Y doquiera se ven ilustres nombres
 Llegaron á triunfar por la mujer.
 Que el talento se hereda de la madre
 Una ley fisiológica declara,
 Pues la fuerza del genio, se compara
 Con el grado de ciencia de aquel sér.

El hogar do en su seno resplandeco
 Tan hermosa y preciada criatura,
 Es hogar de quietud y de ventura
 Premiado con los dones de la paz.
 La nación, donde fulge por su genio
 La mujer con su honor, es distinguida,
 Demostrando que siempre élla en la vida
 Base de oro es de nuestra sociedad.

V

Sencillez é ignorancia, dos amigas
 Que con vínculos se unen tan estrechos,
 De la iglesia se anidan en sus techos
 Cual especies noctívagas, mirad.
 Mas no son de la virgen religiosa
 Esos móviles: causa más visible
 Tal fervor justifica: su sensible
 Corazón de feliz nervosidad.

De espíritu exquisito en emociones

Por gracia le dictó naturaleza;
Así puede admirar más la belleza
Con profunda y grandiosa percepción.
Del altar á las gradas le transporta
El vuelo de su ardiente fantasía,
Y en cristianos deliquios desvaría
Ansiando una poética visión.

Viene el éxtasis: se abren del Empíreo,
Al són de melodías celestiales,
De par en par las puertas eternas
Con relieves de pórfido y rubí.
Aparece la Imagen Soberana
En un trono purísimo de nubes,
Rodeada de millares de querubes
Que tributan respeto á su Adalid.

Repercuten las áulicas trompetas
Y los ángeles tocan arpas de oro,
Con el himno triunfal, el "YO TE ADORO,
TE CONFIESO Y BENDIGO, SANTO DIOS."
El coro de las mártires ascéticas
Va anunciando á la regia comitiva,
Y la gente monástica votiva
Le sigue en apretado batallón.

Innúmeras estrellas resplandecen:
Es la hueste de atletas apostólica,
La vía láctea de la edén católica,
Do el caudal de los santos es sin fin.
Tal contempla en su casto arrobamiento
La mujer que de suyo fué piadosa;
Y por esta vestal tan afanosa
La lumbre del altar no ha de morir.

De otras almas disipa la tiniebla
La razón con sus fúlgidos reflejos,
Y si asisten al templo, quedan lejos:
Su fé no les impulsa con vigor.

Son los hombres los entes descarriados
 Que allá van muchas veces por rutina
 O convenio social: temen la iniqua,
 O el insulto del vulgo eecrutador.

Mas no así la mujer: es de carácter
 A soñar con lo arcano tan propensa,
 Que, franca y candorosa, vive y piensa
 Conforme le dictó su corazón.
 Obedece á los dones de su sexo
 Al buscar en los dogmas religiosos
 Esos actos y cultos fervorosos
 En los que entra el amor, no la razón.

El hombre sin creencias es un loco;
 Sin su fé la mujer un monstruo fuera.
 ¡Dejémosla que siga en su quimera
 Que la envuelve en un nimbo de beldad!
 Es fruto de esta fé la gran tragedia
 Cuyo heróico titán Dreyfus se llama:
 Si inocente la ley por fin le aclama
 A su esposa se debe tal verdad.

Ella fué donde el rey del pensamiento;
 Y Zola le escuchó compadecido:
 La súplica al concluir, lanzó un rugido
 Como el león que el bosque hace temblar.
 Tomó la pluma y, á la luz del genio,
 Una carta escribió con santo bállo;
 Y esa carta de inmenso desafío
 Asustada leyó la humanidad.

Con cinismo insultóle la canalla,
 Mas Zola se escudó con la justicia,
 Concediéndole Francia, cual primicia,
 De un éxito feliz preludió al fin,
 Halló un apoyo la señora Dreyfus
 En el verbo del sabio de renombre,
 Anatómico célebre del hombre,

De una escuela y de un siglo paladín.

De calumnia acusado, le procesan
Y recae sobre él sentencia injusta;
Mas no mengua su fé siempre robusta
Que le impulsa á seguir su alta misión.
No terminan con esto sus pesares:
De la Legión de Honor es expulsado
Y abandona su patria, amenazado
De volver otro vez á la prisión.

A pesar de los rudos contratiempos
La señora de Dreyfus no desmaya;
No cesa de luchar, lucha que raya
En sublime locura é ingenuidad.
No olvida á su marido, abandonado
En Isla que, distante y desolada,
Del Diablo sin escrúpulo es llamada
Por su clima, tristeza y soledad.

Allí, siendo inocente, se consume
Lejos de todo lo que es mas querido,
Su pecho en honda grima sumergido,
Acortando su vida y juventud.
En la noche angustiosa de sus penas
Una estrella le envía sus reflejos:
Lucía con la luz de sus consejos
Impregnados de efecto y de virtud.

De cerca custodiado, por la tarde
A veces á la playa descendía
A contemplar la inmensa lejanía
Del Oceano intranquilo y bramador.
Las olas se estrellaban con estrépito
En las rocas de la isla solitaria
Y el viento, remedando una plegaria,
Soplaba melancólico en redor

Blanquecinas gaviotas se paseaban,

Graznando tristemente, en los peñones
De la costa infecunda, sin los dones
Del alegre cultivo y del verdor.
Otras aves marinas por el aire
Se cernían con fúnebres graznidos,
Semejando sollozos y quejidos,
De las olas uniéndose al rumor.

De sombrío color, con nubes densas
El cielo encapotado se mostraba,
Y la bruma del piélago borraba
El oscuro horizonte en el confín.
De la Francia veía los contornos,
A través de la niebla, el deportado;
Y en la patria distante, acongojado,
Meditaba esa víctima infeliz.

Entonces la silueta de Lucía
Se alzaba en su memoria, conmovido
Pareciendo escuchar junto á su oído:
"Fortaleza y quietud", con dulce voz.
Era élla la que hablaba con vocablos
Qui infundían aliento y esperanza,
Era élla que asomando en lontananza
Venía á visitarle con amor.

La imagen del hogar aparecía
Con risueños colores de ventura
De otras horas exentas de amargura
Pasadas con sosiego cerca de él.
Angustiosos recuerdos, quebrantando
Su salud, le dejaban, cual á idiota,
En el desierto de aquella Isla ignota,
Sin familia ni amigos, padecer.

Sus glorias eclipsando en Santa Elena
Napoleón el ilustre prisionero,
Fué un valiente vencido con esmero,
Y nunca ajusticiado sin honor.

MUJER SUBLIME

Mas Dreyfus, ultimado moralmente,
Fué un espectro sombrío,—trance fuerte,—
Pues le aplicaron espantosa muerte,
Que otra igual no concibe la razón.

Por guardianes sin alma vigilado
No tenía un instante de reposo,
Acosándole el cuadro bochornoso
De su pública atroz degradación.
Tentado muchas veces de suicidio,
Calmábase en su bárbara inclemencia,
Pensando, con orgullo, en su inocencia,
Idea que le colma de valor.

Las cartas de su esposa le reaniman:
Ella impera en el alma del proscrito
Con afectos de amor cuasi infinito,
En el bien y lealtad formado así.
Ella le habla con celo de sus hijos,
Pequeñuelos que gimen por su padre,
Pero en cambio se alivian por su madre
Que empeñó por su bien tan ardua lid.

Esa lid valerosa que consigue
Revisión de un proceso obscurecido,
Sin pruebas, incorrecto, entorpecido,
Que á la faz del derecho es criminal.
Lucía, mujer noble, con impulsos
De abnegación, afán y amor sincero
Alcanzó para el pobre prisionero
El fallo de opinión universal.

Mañana las edades venideras,
Cuál á insigne mujer, en los altares
La pondrán entre inmensos luminaires,
Para nítido ejemplo de virtud.
Pasarán por delante de su efigie
Tributándola honores á porfia,
Y será la moderna ~~Sal M...~~

A. ANDRADE COELLO

Imágen de la Madre de Jesús.

Y otras madres, meciendo entre sus brazos
Al infante adormido con su arrullo,
Justicieras dirán, con santo orgullo:
"De mi sexo fué ese ángel terrenal".
¡Oh mujeres! ¡oh flores de la vida!
Imitad á esa invicta compañera,
Que en amar y creer fué la primera,
Que en sufrir y esperar no la hubo igual.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

Santiago de Chile, Julio 1º de 1899.

